

José María Martínez Zabala

PLATICANDO CON VANESSA MONTFORT

Vanessa Montfort nace en Barcelona y desde su infancia vive en Madrid. Novelista, dramaturga y periodista. Se estrena su carrera literaria en 1999 con *Quijote Show*, *Paisaje transportado* (2003) y *Estábamos destinados a ser ángeles* (2006), *La Regenta* (2012) y *El Galgo* (2013) entre otras, dentro de su trayectoria teatral. En el 2006, gana el Premio Ateneo Joven de Sevilla con su primera novela *El Ingrediente Secreto* (Algaida). A esto le sigue la invitación del Royal Court Theatre, que le permite trabajar con directores británicos como Lindsay Turner, Fiona Lair y hacer talleres con Harol Pinter y Tom Stoppard, entre otros.

Con *Mitología de Nueva York* llega su confirmación como novelista ganando el Premio Ateneo de Sevilla en 2010. En 2014, publica *La leyenda de la Isla sin voz* con Plaza Janés. Forma parte del colectivo artístico "Hijos de Mary Shelley" fundado por Fernando Marías, con Espido Freire, Paloma Pedrero, Nuria Varela, Cristina Cerrada, Eva Díaz Riobello, María Zaragoza, Raquel Lanseros y Cristina Fallaras.

En Octubre de 2016 publica su última novela *Mujeres que compran flores*.

- ¿Por qué escribes?

Sé por qué escribo hoy, pero no sé por qué empecé a hacerlo. Escribo porque no me queda otro remedio. Es mi forma de digerir el mundo. Cuando no entiendo alguno de los procesos que me rodean, ya sea político, social, personal, íntimo, humano en definitiva, escribo una obra. A

veces surge en forma de cuento, otras de texto teatral y, si su complejidad hace necesario escribir 400 páginas con ramificaciones en el tiempo y el espacio, escribo una novela.

Por qué empecé a escribir nunca lo he sabido. Me hacía feliz. Me hacía sentirme eufórica. Supongo que nunca me he sentido más yo que escribiendo. Lo que sí es cierto es que siempre tuve la necesidad de difundirlo. Los primeros cuentos y poemas que conservo son de mis 6 años y ya los reunía para formar un libro, diseñaba una portada, los cosía entre sí, les escribía incluso una dedicatoria y se los regalaba a alguien que quería. Yo no sólo escribía... ¡me autopublicaba! A los 11 años, inspirada por Roald Dahl y Enid Blyton empecé a escribir una novela por entregas sobre un internado y se lo iba pasando a mis vecinos. Recuerdo que devoraban los capítulos y me pedían más. Aquello empezó a ser una droga que me hizo feliz desde muy temprano, supongo.

Convertirlo en mi profesión fue una cuestión casi práctica: si iba a invertir una gran cantidad de tiempo en escribir a lo largo de mi vida, mejor si cobraba por ello y no me dispersaba demasiado en otras empresas.

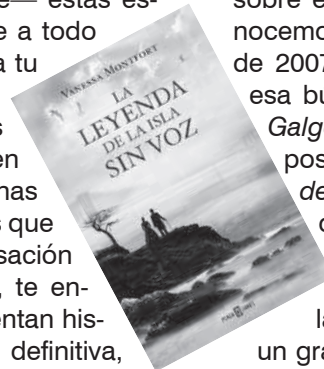
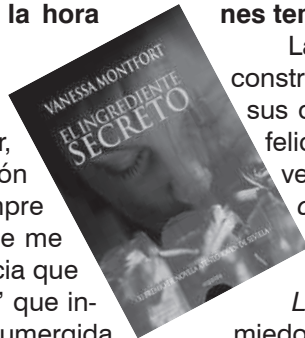
Hoy soy consciente de que tengo uno de los oficios más bellos del mundo: me dedico a contaros, de adultos, un cuento antes de dormir. Todos seguimos necesitando que alguien lo haga. Esa soy yo.

- ¿Cuáles son tus costumbres, preferencias, supersticiones o manías a la hora de escribir?

No soy nada supersticiosa. Trato de no engancharme a nada que limite mi libertad. Ni al escribir, ni en la vida. Sólo creo en la intuición y en el trabajo. Y en comenzar siempre como si fuera un juego. Uno al que me gusta jugar. Quizás, la única creencia que tengo es en una serie de “señales” que interpreto cuando estoy totalmente sumergida en una obra pero que tiene más que ver con la concentración y con la observación que con lo esotérico: cuando estoy escribiendo una novela —a muchos escritores nos ocurre— estás especialmente conectado y sensible a todo lo que te rodea y que “sirve” para tu obra. Es como si fueras un radar que capta con precisión, o más bien enfoca, todo aquello que en otros momentos o a otras personas les pasa desapercibido. El caso es que acabas teniendo una curiosa sensación de que la información viene a ti, te encuentras con personas que te cuentan historias que necesitas escuchar, en definitiva, un cúmulo de casualidades que, como migas de pan, te indican que tu obra sigue un buen camino. Pero a la hora de escribir me gusta sentirme libre. Lo más posible.

¿Manías? Precisamente esa.

Liberarme todo lo posible. No soporto escribir con pulseras, anillos o nada que me oprima. Lo voy dejando todo encima de la mesa de trabajo, una mesa industrial, de taller, que ha tenido muchas vidas, y que me sirve para extender sobre ella fotos, documentación, libros, mi impenitente taza de café y agua, mucha agua.



- ¿Cuáles dirías que son tus preocupaciones temáticas?

La capacidad de un ser humano para reconstruirse cuando todo parece borrarse ante sus ojos. La búsqueda de la identidad y de la felicidad: a través de la búsqueda de una revelación familiar como en *El ingrediente secreto*, de conocer quién eres, tu ficción y tu realidad, como en *Mitología de Nueva York*, a través de la filantropía como en *La leyenda de la isla sin voz* o de perderle miedo al cambio como en *Mujeres que compran flores*. En mis obras de teatro el contenido suele ser muy social pero también acaba explorando la identidad y la reconstrucción. *Tierra de tiza* habla sobre ese instante en el que el mundo que conocemos comienza a borrarse durante la crisis de 2007. *Flashback* habla sobre la inmigración, esa búsqueda de uno mismo en otro lugar. *El Galgo* vuelve a hablar de la crisis, critica el posible rescate de Alemania. En *La cortesía de los ciegos*, exploro las consecuencias de la Guerra de Irak. Pero siempre, siempre, pongo el acento en los personajes. Porque todas las obras que he escrito y las que se han escrito tienen, en el fondo, un gran y único tema: el ser humano. El deseo del ser humano de alcanzar algo. La Historia con mayúsculas no está escrita en los libros sino en las personas, es un compendio de historias con minúsculas. Esas son las que yo escribo. Las que me interesan.

- ¿Algún principio o consejo que tengas muy presente a la hora de escribir?

Que sea lo que de verdad necesitas escribir. Y luego, en mi caso, me ha venido muy bien ser consciente de a quién dirigía esa obra. No lo he tenido siempre en cuenta. Sólo en aquellos casos en los que era importante saberlo. Cuando hay un mensaje, por ejemplo. Decía Gloria Fuertes que “no se es

poeta hasta que te lee el pueblo". Creo que es un antídoto contra la frustración preguntarte quién quieres que te lea. Quizás porque soy periodista, aunque no ejerza, soy consciente del receptor.

Por un lado he escrito obras en las que era consciente de que iban dirigidas a un público más minoritario y no me importó, a la vez que he escrito obras en los que he empleado recursos técnicos menos complejos con el fin de no poner obstáculos a un lector más amplio. Al final, para mí lo más importante es que una obra esté bien escrita y, sobre todo, que emocione. Porque las emociones son las encargadas de grabar la información en nuestro cerebro. Si no despierto emociones en el lector, mi obra se desvanecerá como fuegos artificiales y, unos segundos después de la palabra FIN, será sólo una estela de humo. Mover las emociones del lector. Todo un reto. El único que me interesa.

- ¿Eres de los que se deja llevar por la historia o de los que lo tienen todo planificado desde el principio?

Depende de la historia. Si es un thriller como *Mitología de Nueva York*, casi lo escribes de atrás a delante. Empiezas por el final y luego vas borrando tus huellas para que no te pille el lector.

Si es una historia de personajes, los dejo libres, que se desarrollen, que mueran si deben hacerlo, que vivan y piensen como quieran. Me importa el tema. Trazo una estructura, un esqueleto sobre el que sujetar la historia para que no sea una masa amorfa, para que no se derrita y, luego, si es necesario —que siempre ocurre—, voy variando esa estructura para dar oxígeno y libertad a la historia. En mi caso, los personajes mandan.

- ¿Cuáles son tus autores o libros de cabecera?

Esta es siempre la pregunta que trato de evitar porque siempre recibe una respuesta injusta y me provoca cierta ansiedad. Creo que na-

die sacará conclusiones concretas de esta lista. Mi cabecera, la de mi cama, es decir, mi mesilla de noche, es un cargador como el de una pistola, donde siempre hay un mínimo de 6 o 7 libros apilados. Cuando termino uno es sustituido por otro y, en función de lo que me haya gustado, pasa a mi librería o lo libero. ¿Qué decir de mis libros de cabecera o de todos esos autores que han compartido mis noches sin sueño? Pues que mis gustos son tan heterogéneos como mi literatura. Van desde Cervantes hasta Jeanette Winterson. He bebido de Nabokov, de Rilke, de Camús, de Szymborska, de Melville, Conrad y de Roald Dahl; de Cheever, de Cortazar, de Némirovsky, de Isabel Allende, de Vargas Llosa o de Lorca a Bukowski; en los últimos años... Banville, Aramburu, Nothomb, Fernando Marías, Ángeles Mastretta, McCarthy, Sanchez Piñol... lo que sí sé es que he aprendido a escribir novela a partir de los autores decimonónicos: Dickens, Brontë, Mary Shelley, Julio Verne... De los españoles le rezo a Marsé, a Rosa Montero y a tantos compañeros que hoy escriben que no podría mencionar a uno sin mencionar a todos... en teatro, desde Shakespeare a Pinter, en general, el teatro británico, pero qué decir de Casona, de Sanchís Sinisterra o de Mayorga...

- ¿Podrías hablarnos de tu último proyecto? Bien lo último que hayas publicado o lo último que hayas escrito o estés escribiendo.

Mi última novela es *Mujeres que compran flores* (Plaza y Janés, 2016). Toda una sorpresa el eco que está teniendo, porque a todos tus hijos los quieres por igual y los educas para llegar lejos, pero ésta se fue pronto de casa y en cuatro meses alcanzó varios países y 7 ediciones. Se trata de la primera vez que me zambullo en el universo femenino para retratar el cambio social que creo que estamos viviendo. ¿Las protagonistas del cambio?: Esas mujeres que hoy tienen 40 años y que tratan de poner en práctica los derechos hereda-



dos de sus madres, que los consiguieron sobre el papel pero a ellas, a sus hijas, les toca ahora la difícil tarea de ejecutarlos en la práctica, y está provocando una serie de cortacircuitos. "Somos un software revolucionario tratando de instalarse en un ordenador obsoleto", dice una de las protagonistas. Sobre ellas, sus deseos, sus errores, su necesidad de cambio y de, como no, reconstrucción, trata esta novela.

Con respecto al teatro, sigue de gira *El hogar del monstruo*, espectáculo que dirijo, en el que soy coautora junto con Fernando Marías, Espido Freire, José Sanchís Sinisterra y que se estrenó en el Centro Dramático Nacional.

Proyectos nuevos: se estrenarán dos textos míos que hasta ahora sólo se han visto en Londres y los pondrán en escena dos directores a los que admiro mucho.

Y... como no sé estar sin escribir, ya tomo notas y algo más de la que será mi quinta novela. Más dura, puede que algo polémica, aún más personal, quizás más introspectiva que las anteriores.

